

LA CULTURA CRÍTICA Y EL PESO DE LAS HISTORIAS

Veinticinco años después de emprender, por exigencia democrática, el viraje hacia la Reforma de la Enseñanza, ésta se parece cada vez más a un escenario abatido y cubierto de nubarrones, donde se propagan los deseos de revancha a la par que se agostan las esperanzas de quienes creímos que se despejaban los cielos para el florecimiento de una cultura crítica. Lejanos parecen los tiempos en que, salvados los obstáculos para transformar y democratizar el marco institucional, la incógnita residía en saber cuanto tardarían en calar hondo los principios reformistas, renovándose tan a fondo las prácticas cotidianas que se desterrara el virus del autoritarismo y se cerraran las brechas entre los imperativos académicos y las inquietudes populares, entre el conocimiento y la vida. Pero en aquel contexto tan marcado por la oposición al franquismo y el utopismo de raigambre marxista, la reforma crítica de la cultura se consideró un apéndice de la lucha macropolítica y bastaba que una propuesta llevara el sello de antifranquista para que tuviera crédito como contribución a la cultura emergente.

Conmovidos por la necesidad histórica, los ideales reformistas quedaron impregnados de un sentido de “liberación”. Conforme a dicho sentido, se creyó que el “reencuentro” de los oprimidos con sus valores expropiados se produciría cual parto natural en el seno de una sociedad devuelta, por vía revolucionaria, al curso legal de “su” historia.

Una suerte de postura oficial del reformismo consiguió cuajar en ese clima ideológico. Más o menos, consistió en afirmar que las virtudes del pueblo que habían sido reprimidas por un Estado unitario advenedizo, reaparecerían al reconocerse en el interior de sus legítimas (madres)patrias. O, dicho de otro modo, que, construido un marco

político-educativo sin taras constitutivas, desplegarían profesores y alumnos la diversidad de sus lenguajes y capacidades y serían cautivados, para ejemplo de la ciudadanía, por las virtudes de la razón crítica.

Pero al cabo de veinticinco años, la comprensible negativa de la realidad a acomodarse a los sueños ha convertido la ilusión en desconcierto. Del mismo modo que la democratización y federalización del Estado no ha impuesto una cultura democrática cotidiana, la democratización formal del sistema educativo no ha traído consigo una cultura educativa interna que apartara a profesores y alumnos de su tradicional estado de apatía intelectual y extrañamiento mutuo. En una Escuela impelida por ley a promover académica y culturalmente a alumnos/as de toda condición, así como a integrar perspectivas e intereses cada vez más diversos y contrapuestos, hemos visto como se disolvían inexorablemente los proyectos concebidos para materializar las aspiraciones de la Reforma, dejando alrededor un panorama de crecientes contradicciones. Pero este hecho, en lugar de aguijonear las conciencias de ciudadanos comprometidos con sus nuevas posibilidades de enseñanza y aprendizaje, ha inducido a muchos alumnos y profesores a actuar como condenados que encuentran en el pasotismo o la nostalgia del pasado una forma de rehuir el vértigo -sólo que los segundos cobran salario público por ello-. La reafirmación reiterada en el agravio y la algarabía docente con que se celebran los discursos que denigran la reforma y reclaman el fin de una época de desvaríos, revelan la escasa asimilación de lo que ha significado la LOGSE como parte del proceso de democratización y, por ende, la debilidad del compromiso democrático del profesorado. Proyectando a la sociedad la imagen de una enseñanza sembrada preceptivamente de minas se puede obtener el respaldo necesario para que intervengan los zapadores de la restauración. Aunque dada la imposibilidad de retornar al pasado salvo cataclismo político, se cumple el auténtico propósito de eludir responsabilidades por el contenido retrógrado de la (sub)cultura que se imparte en la Escuela y evitar que

las exigencias inherentes a la democratización penetren hasta nuestra praxis cotidiana y afecten a nuestros códigos pedagógicos más íntimos. Ahora bien, para quienes nos inquietamos -como los miembros de *FEDICARIA*- por que crezca la brecha entre la enseñanza y la vida sin ganancia de espacio para una cultura crítica, ¿podemos sentirnos satisfechos explicándolo como resultado de una suerte de resistencia secular a la innovación? Quedaríamos encerrados en el círculo hermético del maniqueísmo y cínicamente aferrados al esquema victimista del determinismo si no imprimiéramos a la cuestión un sesgo autocrítico. Es decir, si asumimos que la reforma crítica de la cultura es responsabilidad de quienes la cuentan entre sus intereses, no una obligación del conjunto de la sociedad: ¿por qué manifiesta tan escaso poder de penetración?, ¿por qué se disuelve como un azucarillo en el proceloso mar de la tradición?

Dentro de la ofensiva restauradora, el campo de la Historia y la historia nacional es el frente privilegiado capaz de movilizar a los más honorables vigilantes del Orden en torno a manifiestos -Real Academia de la Historia- y ceremoniales solemnes -San Millán de la Cogolla- que disimulan su dimensión política con el eufemismo de las Humanidades. Espacio principal de la acción *fedicariana*, se dibuja, por tanto, como objeto necesario de discusión y reflexión autocrítica. Desde esta perspectiva, lo grave no es la ofensiva en sí, que entra en las reglas del pluralismo, sino lo creíble que ha resultado su principal argumento y su capacidad para impregnar todo el espectro ideológico de los creadores de opinión: que es preciso poner coto a una especie de desenfreno reformista de la enseñanza que estaría sembrando el caos. De suerte que, si fuera cierto lo que con insistencia se nos transmite, la acción reformista habría conducido a la Historia a una “degradación servil” al borde de “la muerte”, a punto de borrar la memoria común de los españoles y provocar un trauma colectivo entre seres condenados a vagar sin pasado o a enfrentarse por el carácter irreductible de su identidad. De semejante

discurso provoca hilaridad el uso de la memoria por quienes se tienen por expertos de ella -tan ignorado es el poder que atribuye a la enseñanza como conocidos los efectos perversos de la historiografía militante-. Por contra, provoca grave inquietud no lo que apunta a nuestros propósitos - pues ojalá pudiera valer la enseñanza para una terapia democrática de la identidad, de la memoria y de la Historia-, sino lo que hayan acertado los acusadores al describir la “reforma crítica” producida bajo su inspiración que justificaría la llamada al Orden. Pues, si, efectivamente, es el propósito de una cultura crítica reducir la hegemonía del academicismo histórico para movilizar las disciplinas sociales en la comprensión de los problemas del presente; si era prioritario combatir los delirios de la historia nacional española para introducir en el incierto juego político del presente a los damnificados de la tradición, el destino y el progreso..., ¿qué clase de cultura hemos sido capaces de oponer?, ¿hasta qué punto nos hemos distanciado del discurso que repudiamos? ¿Acaso no debe inquietarnos lo que ha adquirido rango de cultura crítica bajo el supuesto de servir al borrado de las huellas del (neo)franquismo? A saber: que la resistencia a la asimilación y la hegemonía españolista hayan dado crédito “crítico” a las versiones autóctonas del relato monumental y anticuario, del delirio histórico-nacional o del repliegue autocontemplativo sobre nuestra parcelita exclusiva del universo. Que, siguiendo las huellas de la experiencia y el lenguaje de los oprimidos, nos hayamos reencontrado con las virtudes críticas de la tradición étnica y sus estallidos de barbarie, fundidos en abrazo fraternal con cualquiera que maneje los símbolos de l@s exclud@s con suficiente celo - lo que haría hasta de ETA un modelo didáctico-. O que, oponiéndonos a las esclavitudes del presente, celebremos como aventura “crítica” el retorno histórico para localizar los espíritus del pueblo con que fundirse en abrazo pródigo. Como casos significados de la naturaleza errática que ha llegado a adquirir la búsqueda de alternativas, ilustran sobre el terreno inhóspito en el que operan las fuerzas de la restauración.

Al margen de la dimensión que sea justo atribuir a estos casos, su existencia basta para que la magnificación mediática emborrone los logros de la Reforma y sirva al propósito conservador de evitar que las demandas de cambio lleguen a terrenos prohibidos. Para nosotros, su existencia es un dato inexcusable para explicar la naturaleza quebradiza de nuestros proyectos, pero también una oportunidad idónea para escapar a las fantasías maniqueas dando vuelta a los argumentos. La oposición entre cultura tradicional y reformista es: o pura apariencia, o mero formalismo o un asunto irrelevante. Fuera de los logros mensurables, la ruptura con las tradiciones dominantes en la Escuela no existe ni como hecho anecdótico. Aspectos concretos como el status y el concepto clásico de la Historia sólo corren riesgos cuando alguien juega a inventar quimeras o pesadillas. Bajo ciertas disidencias formales en los relatos (como los cambios de escala o en la colocación de hitos), subyace la misma estructura gnoseológica (como la visión metafísica y anticuaria de la Historia). Teniendo en cuenta las fuerzas que operan en los intersticios del mundo escolar, los efectos renovadores de las variaciones curriculares y editoriales son inapreciables. Cultura tradicional y reformista responden a la misma clase de ofuscaciones ideológicas. Pero si éstas armonizan con la actitud de conservadores y “neutrales”, entre los beligerantes con la realidad son un síndrome patológico. Si la oposición a la dictadura del poder constituye el eje de una cultura crítica, merece una reflexión detenida hasta qué punto el legado del (anti)franquismo en nuestro pensamiento nos confunde al decodificar políticamente la trama de acciones en que nos hallamos inmersos, impidiendo una comprensión adecuada de la dialéctica entre poder y producción escolar del conocimiento. En este sentido, no sólo estamos impelidos a chocar con el peso de La Historia, también con el de nuestra propia historia.

En un plano general, la turbación ideológica nos mantiene distraídos en una discusión por el control y el relleno del curriculum mientras pasa

desapercibida la común hospitalidad que dispensamos al virus autoritario en los hábitos, rutinas y tradiciones que regulan la cotidianidad de la Escuela y constituyen el entramado básico de su mundo de vida, obviando la paradoja de por qué personas tan distanciadas en la militancia cultivamos formas tan próximas de relación y de enseñanza cuando operamos en el territorio del aula. Socializados en una visión antropomórfica del Estado que reduce la lucha política a perseguir la sombra de sus supuestas encarnaciones e inclinados al determinismo, hemos podido combatir eficazmente al autoritarismo en el plano del entramado institucional, mientras le permitimos una supervivencia de lujo en los códigos que los combatientes cultivamos durante el tiempo de “retiro” en la Escuela: para regular la geometría del tiempo y el espacio escolar o las coordenadas del tiempo y el espacio históricos; para colocar los controles de la trayectoria escolar o los hitos del relato histórico; para seleccionar el patrimonio colectivo de las memorias o los alumnos acreedores al patrimonio de las empresas... El giro quirúrgico hacia estos intersticios de la cultura escolar aparece así como requisito obligado para cartografiar los espacios accesibles a la ocupación crítica. Una línea de trabajo que *Fedícaría* ha dado mayor impulso en su VIII Seminario de Zaragoza, cuyas directrices aparecerán recogidas en las actas que se publicarán en el 2001, e inspira investigaciones ya realizadas o en curso para desentrañar los códigos disciplinares, las claves del conocimiento escolar o los mecanismos de la refracción al cambio.

En un plano más pegado a los problemas sociales relevantes que centran el interés de la didáctica *fedícariana*, la ofuscación ideológica inquieta especialmente cuando afecta a la penetración nacionalista de la convivencia política y la enseñanza social. Acostumbrados a cargar con el peso de las Historias, aún nos hallamos atrapados en los códigos decimonónicos de las batallas identitarias nacionales, impelidos por el esquema trascendental disfrazado de rigorismo a intercambiar unos metasujetos por otros, como dóciles aceptores de la vigilia de la Historia

nacional sobre la memoria. Si la ansiada discusión sobre el saber social relevante para alumnos de secundaria se limita a una lucha de afirmación entre diferentes perspectivas nacionales, es que no es a las personas, sino a las naciones, a quienes les seguimos reconociendo la posibilidad de interpretar el mundo. Cuando además se defiende con ardor la problematización crítica del presente y se fija la atención sobre la nacionalización de la lucha política, el oficio para descubrir el peso del ayer y cumplir los deberes de la militancia puede ser una rémora. Si para poner un problema del presente en el centro de la mirada de los estudiantes de secundaria hay que conocerlo bien, debemos preguntarnos por los imperativos que nos impiden tomar la necesaria distancia intelectual de los nacionalismos. La combinación de tradición, ignorancia y falta de autonomía pueden explicar la tendencia didáctica a repetir los desvaríos del antagonista o las dificultades para pasar de los antecedentes, las tipologías y los juegos conceptuales a la explicación razonable de por qué puede seguir germinando la simiente mortal que distribuye ETA. Así puede entenderse mejor por qué, si a los conservadores les inquieta la ignorancia del pasado, a nosotros nos atemoriza la ignorancia del presente.

La necesaria inmersión en el trance cruel y polémico que plantean los *nacionalismos* a la *enseñanza*, es el propósito que anima la elección y redacción del *Tema del Año* para este nuevo número de *Con-Ciencia Social*. Los tres trabajos que lo forman no representan una postura oficial, que no puede haberla, aunque sí comparten el sentido autocrítico que acabamos de propugnar y portan el deseo *fedecariano* de la insurrección proyectándolo sobre los nacionalismos y lo que representan en la formación social y política de la juventud, dentro del viraje radical que aquí reclamamos para una cultura crítica. Sus planteamientos tampoco se agotan en los problemas específicos, como la crítica del papel jugado por

las historias nacionales en la formación de la memoria, sino que se amplían al debate más amplio sobre la dimensión política de nuestra tarea y las relaciones entre poder y conocimiento social. Sobre el fondo de tensión entre las ideologías y las vivencias, las *Conversaciones* con Borja de Riquer, Isidoro Moreno y Aurelio Arteta enfrentan a tres visiones expertas y representativas de las grandes posturas en conflicto, identificables con el entendimiento del nacionalismo como fenómeno potencialmente cívico, liberador o intrínsecamente perverso. Martín Alonso nos guía, sabiamente informado, por los paisajes turbadores de historias próximas, para mostrarnos la delgada línea roja que separa la instrumentalización del pasado de la liquidación política de los otros y sugerirnos consecuencias terapéuticas para la educación de la memoria. Haciendo uso del bisturí de la genealogía nietzscheana y con razones que apelan a la depuración democrática, Antonio Martín nos incita a explorar con audacia las posibilidades de desnacionalización.

Las secciones habituales completan el resto de la revista. *Pensando sobre... la obra de Juan Delval* podemos estimar, por boca de su autor, una trayectoria que va desde la preocupación por el conocimiento infantil y adolescente a la encrucijada de los fines depositados en la Escuela y asumidos por la figura clave del profesor. Un proceso que, conectado con las luchas de poder en el campo emergente de las Didácticas especiales, afirma el protagonismo de los enseñantes comprometidos frente al patriarcado de los portavoces del mensaje científico. Las vicisitudes y déficits de la Reforma que relata Delval por experiencia propia tienen su contraste en los choques de intereses y conflictos que describe un documentado informe sobre la reforma de *La enseñanza... en Argentina*. Además, las propuestas que éste aporta para romper con la tradición nacionalista de su historia son testimonio del vínculo que une el grito argentino de *Nunca Más*, con nuestro deseo ardiente de *Basta Ya* frente al horror.

Tras las *Informaciones y Noticias* sobre Congresos y Proyectos, el

capítulo de *Reseñas y Críticas* contiene, además del clásico repertorio variado, un conjunto de breves trabajos que completan el *Tema del Año* y que incluye reseñas de investigaciones recientes (Boyd, López Facal), de un libro de texto en euskera e informes de contenido diverso.